Para Babel - Nº 24.

Versos para la revolución de Octubre

I

Hace algún tiempo, excitado por la proximidad del aniversario de la revolución rusa, empecé a escribir unos versos que habrían podido llevar por título el de Canción para la revolución de Octubre. Quizá, en lugar de versos, habría podido escribir una prosa cualquiera, pero sucede que a medida que transcurren los años, y más y más en cada aniversario, la revolución rusa va tomando, para mí, una significación cada vez menos real y cada vez más ideal. El hecho mismo de la revolución, desprendiéndose de lo que la rodeó y la sigue rodeando, va convirtiéndose -- siempre para mí -- en algo puramente emocional, digamos, por ejemplo, en una imagen o sensación cuyo recuerdo o presencia despierta en mí, menos que ideas o reflexiones, ardientes sentimientos de amor hacia la criatura humana, sentimientos que, dado mi carácter, no podría expresar de otro modo que poéticamente.

© E.C.H. UC
Centro de Estudios de Literatura Chilena
Sucesión Manuel Rojas ©

II

Después de algunas horas de trabajo logré terminar lo que habría podido llegar a ser la primera parte de aquel poema y que transcribo aquí:

Sobre el lodo y la nieve, entre periódicos y piojos,
barbas mojadas y pies húmedos,
por encima del Neva y las piedras de Petersburgo;
desconocida e inesperada,
como una flor del ártico, de deslumbrante blancura,
manchada, sin embargo, de sangre, como hija del Hombre,
y llena, sin embargo, de fuego y de lamentos;
a través de la clara y sombría tierra rusa,
saltando de río en río,
desde el lejano Ienisei y el lento Volga

hasta el ensangrentado Dnieper y el taciturno Ob;
empujada por rotos pechos y ateridas manos,
temblorosas mandíbulas y vacilantes piernas,
llegaste:
traída de la mano por mugrientos caldereros
y espigados marinos del Báltico;
indefensa y desnuda,
sin claro nombre ni destino cierto,
con rostro asiático y corazón de universal trigo;
sobre el lodo y la nieve, entre periódicos y piojos,
barbas mojadas y pies húmedos,
por encima del Neva y las piedras de Petersburgo.

III

CELTCH UC
Centro de Estudios de Literatura Chilena
Sucesión Manuel Rojas ©

Hasta ahí llegué. Inútilmente, durante muchos días y noches, esperé y aun traté de que surgiera la imagen, la frase o siquiera la palabra que me permitiera continuar y concluir ese poema: nada. Hacia donde me volvía, hacia donde llamaba, allí donde tocaba, sólo sentía algo sin posibilidades de poesía ni de sentimiento, imposible de descomponer e imposible de idealizar. Desconsolado, hube de reconocer que la revolución rusa no me daría ya más de lo que me había dado y que lo demás, es decir, lo que sobre ella se ha ido acumulando, no solamente parecía no tener nada que ver conmigo como poeta sino que, peor aún, parecía que tampoco tenía nada que ver con la revolución misma.

Con esa convicción di por terminado, por fracasado, mejor dicho, mi poema.

IV

No quedé conforme, sin embargo: un poeta, por poco que se respete, no acepta así como así un fracaso, sobre todo si está convencido de que ese fracaso no se debe a sus recursos literarios, a su sensibilidad o a su ca-

pacidad de trabajo. Traté, pues, para tranquilidad de mi conciencia, aclarar el asunto. He aquí lo que saqué en limpio:

En la revolución rusa existen dos realidades: una anterior y otra posterior. La primera, abstracta, de puro carácter emocional, no puede ser tratada sino de modo poético, o sea, con palabras que expresen sentimientos. La segunda, concreta, puede ser tratada de cualquier modo y con cualesquiera palabras y su existencia puede ser narrada, historiada, analizada o criticada. Nada de eso puede hacerse con la primera: se la siente o no y su existencia depende de esa condición. En el hecho, para millares de personas no existe. La segunda existe de todos modos, se la sienta o no. La primera es, en relación con el espíritu de las doctrinas socialistas, auténtica; y en relación con ese mismo espíritu, la segunda es falsa: en ella la Salvación del Hombre, causa primera y primera razón del Socialismo, ha sido sustituída por la Salvación del Estado, es decir, el espíritu ha sido desvirtuado. Entre ambas realidades existe la diferencia que existe entre una doctrina religiosa cualquiera y su iglesia: la primera es la fuente; la segunda, su capitalización.

CELICH UC
Centro de Estudios de Literatura Chilena
Sucesión Manuel Rojas ©

V

Al llegar a este punto sentí un pequeño sobresalto: ¿no estaría yendo demasiado lejos? Pero no, no estaba yendo demasiado lejos y allí estaban los poetas de todos los tiempos, dándome la razón: ninguno de los que han tenido o tienen una mística cualquiera ha cantado jamás la segunda realidad. Recurrí, apresuradamente, a una antología de poesía religiosa española: allí estaban los poetas, en filas cerradas, cantando como leones o como ruiseñores a la pureza de la Virgen, a la grandeza de Dios, a la dulzura de Jesucristo, a los serafines, es decir, a todo lo emocional del catolicismo, a la realidad primera, sin dedicar ni siquiera una mala imagen a la segunda.

VI

Hubiese podido, es cierto, escribir otros cantos, dedicados, por ejemplo, a Lenin y a Trotski; incluso habría podido dedicar uno a Stalin. Pero Trotski había sido asesinado por la segunda realidad y Lenin había sido desvirtuado por ella: su famosa frase, llena de poesía: "Si la realidad no está de acuerdo con la teoría, tanto peor para la realidad", había sido invertida por los hombres de la segunda realidad: "Si la teoría no está de acuerdo con la realidad, tanto peor para la teoría." En cuanto a Stalin, se había desfigurado a sí mismo.

VII

La culpa, pues, no era mía. Tranquilizado, me lavé las manos y escribí este artículo en prosa.

Pensando, sin embargo, de que en tanto que la primera realidad es eterna, la segunda es transitoria. La nuestra, la mía, diré mejor, sigue caminando aun, empujada por rotos pechos y ateridas manos.

CELICH UC
Centro de Estudios de Literatura Chilena
Sucesión Manuel Rojas ©